

LUISA.—Es cierto, señor. (*Mueve la cabeza.*) No se debe jugar con esas cosas.

JUAN.—(*Mueve la cabeza.*) Hubiera sido prepararlo todo para recordar, y yo no quiero recordar.

LUISA.—Para recordar y para Dios sabe qué.

JUAN.—Hubiera sido como una especie de juego peligroso. Hasta he tenido la tentación de hacerlo... Pero era como hurgar en la herida. Me ha parecido una idea enfermiza y la he rechazado. Tomaré un vaso de leche, Luisa. Me acostaré pronto. (*Suena una campanada en un viejo reloj de la sala.*) Las once y media. Me quedará hasta las doce. Escucharé las campanadas. Pediré suerte para el año próximo. (*Suspira hondamente.*) Trataré de dormir.

LUISA.—(*Se queda pensativa.*) Ahora me acuerdo...

JUAN.—¿De qué, Luisa?

LUISA.—Estaba yo aquí con usted. Sonó "esa" campanada y llamaron a la puerta.

JUAN.—Sí... Eran Inés y Pedro... Usted abrió. Pedro, al entrar, dijo: "Gracias por tu invitación. No sabíamos adónde ir esta noche." ¿No fue así?

LUISA.—"No sabemos adónde ir esta noche..." Sí, señor.

JUAN.—Pero esta noche, Luisa, estamos solos. Prepárame el vaso de leche, por favor.

LUISA.—En seguida. (*Va a irse. Llaman a la puerta. Luisa se detiene. Mira a JUAN. Un silencio.*)

JUAN.—Vaya a abrir; a ver quién es.

LUISA.—Sí, señor. (*Va a la puerta. Abre. Entran INÉS y PEDRO. JUAN se levanta. PEDRO se aproxima sonriente y salud a JUAN.*)

PEDRO.—Gracias por tu invitación. No sabemos adónde ir esta noche.

JUAN.—¿Sois vosotros? (*Tiende a PEDRO, mecánicamente, la mano.*)

INÉS.—Buenas noches..., y feliz año nuevo.

JUAN.—Sí..., feliz año. Sentaos donde queráis.

PEDRO.—Ponga esto por ahí, Luisa. (*Le da los abrigos. Luisa los toma con un gesto de extrañeza.*)

INÉS.—¡Oh, que frío hace esta noche!

PEDRO.—¿Qué te ocurre, Juan? Estás un poco pálido.

JUAN.—Anoche no dormí. No sé... ¿Qué queréis tomar?

PEDRO.—Coñac... o lo que tengas a mano. Me es igual.

JUAN.—(*Coge de un mueble una botella.*) Tú, Inés..., ¿también?

INÉS.—Sí, gracias. (*JUAN les sirve.*)

JUAN.—¿Queréis café?

PEDRO.—Bueno.

JUAN.—Traiga café, Luisa, por favor.

LUISA.—Sí, señor. Ahora mismo. (*Hace a JUAN un gesto de incomprensión y sale.*)

JUAN.—Os..., os agradezco que hayáis venido.

INÉS.—Una noche como esta todo se pone imposible. Se está mejor en una casa.

PEDRO.—La calle está llena de gente, a pesar del frío. No te puedes figurar.

JUAN.—He venido hace un rato. Ya he visto.

PEDRO.—Grupos de borrachos... Por el centro hemos visto un grupo muy divertido... Llevaban un enorme pandero... Uno de ellos iba vestido de mujer. Con los labios y los ojos pintados... y diciendo palabrotas. Otro llevaba una careta que figuraba una cabeza de burro; otro, una de cerdo; otro, una calavera. El de la calavera gritaba: "¡Uh, uh, soy la Muerte!", y los demás se reían a carcajadas. Uno se ha puesto a devolver en la acera.

INÉS.—Como ves, Juan, en este país sabemos divertirnos.

PEDRO.—Por aquí, sin embargo, no hay nadie. Esto está muy solitario. Yo no soy miedoso, pero no me gustaría vivir aquí. Puede ocurrirte a uno cualquier cosa y no se enteraría nadie.

INÉS.—(*Con una voz dura.*) ¿No te puedes callar?

PEDRO.—Es... cierto. Perdóname. (*Un silencio pensoso.*)

JUAN.—¿Queréis... otra copa?

PEDRO.—Bueno.

INÉS.—Yo, no. Gracias.

JUAN.—Perdonadme si no estoy muy animado esta noche. INÉS.—No te preocupes, Juan. Lo bueno es poder estar como uno esté..., alegre o triste. Cómodo. Es lo bueno de la amistad.

PEDRO.—Claro, Juan. No te preocupes.

INÉS.—Habíamos pensado venir a hacerte compañía, pero no nos atrevíamos. Era posible que esta noche prefirieras estar solo.

PEDRO.—Era natural.

INÉS.—Estábamos si nos decidíamos o no, cuando has llamado.

JUAN.—Sí, ¿verdad?

INÉS.—Sí, Juan. Pero ¿qué te ocurre? Estás un poco raro.

JUAN.—No, no es nada. Es que yo...

INÉS.—¿Qué?

JUAN.—Estoy contento de que hayáis venido, pero yo... yo no os he llamado.

INÉS.—Pero ¿qué dices?

JUAN.—Que yo..., yo había pensado llamaros, pero no llegué a hacerlo.

PEDRO.—No entiendo. ¿Qué broma es esta?

JUAN.—No es ninguna broma, Pedro. Yo no te he telefonado.

PEDRO.—Pero, Juan..., si estoy seguro...

JUAN.—Pues no lo estés. Yo no he sido.

PEDRO.—Ha sonado el teléfono en casa. Lo he cogido y he oído tu voz.

JUAN.—¿A qué hora?

PEDRO.—¿Qué hora sería, Inés?

INÉS.—Las diez y media... aproximadamente.

JUAN.—Yo estaba en el club. No me he movido de la barra. He cambiado unas palabras con el camarero. Estaba

aburrido. He salido de allí y he venido andando mucho rato. Luego he tomado un coche.

PEDRO.—Era tu voz, Juan. Estoy seguro.

JUAN.—¿Qué te he dicho? Quiero decir: ¿qué te ha dicho quien te ha llamado?

PEDRO.—A ver si me acuerdo... Verás... Has dicho... "¿Por qué no os venís esta noche un rato? Voy a estar solo. Llamaré a Alfonso, a ver si quiere venir. Estamos charlando un rato, oímos música..." Algo así.

JUAN.—Lo más probable es que te hayan gastado una broma. Pero es igual. El hecho es que estáis aquí y que me alegro. Verdaderamente me encontraba muy solo y había deseado llamaros. (*Vuelve Luisa.*) Muy bien, Luisa... El café... Póngalo por ahí...

INÉS.—Yo lo serviré. Gracias.

JUAN.—Puede acostarse, Luisa.

LUISA.—No, señor.

JUAN.—¿Por qué no?

LUISA.—Puede que necesite algo, señor.

JUAN.—No necesito nada.

LUISA.—Ya lo veremos.

JUAN.—¿Eh?

LUISA.—Me estaré leyendo un rato. No tengo sueño. Además, tengo varias cosas pendientes..., cosas que debo pensar... No tiene importancia..., pero tengo que pensarlas bien antes de irme a dormir. Ya sabe, señor; esas pequeñas cosas de que le hablé antes... No me dejan...

JUAN.—Está bien, Luisa. Como usted quiera.

LUISA.—Si necesita algo, llámeme, señor.

JUAN.—Lo haré. (*LUISA sale. INÉS les sirve café. Lo toman. Un silencio.*)

INÉS.—(*Observa a JUAN.*) Te encuentro muy bien, Juan.

JUAN.—Estoy mejor.

INÉS.—Te está costando salir.

JUAN.—Al menos, ya no estoy en aquellas profundidades.

INÉS.—Era horrible, ¿verdad?
 JUAN.—No quiero recordarlo.
 INÉS.—Parecías perdido para siempre.
 JUAN.—Lo estaba.
 INÉS.—No.
 JUAN.—Ya lo veremos.
 INÉS.—Estás saliendo adelante. Charlas con los amigos. Estás volviendo a trabajar.
 JUAN.—Estoy empezando.
 INÉS.—Seguirás.
 JUAN.—Me ha costado trabajo llegar a esta Nochevieja... y a un nuevo año. Este año ha sido muy duro.
 INÉS.—Ya lo sé.
 JUAN.—Creía que no iba a sobrevivir.
 INÉS.—Pues aquí estás.
 JUAN.—He luchado a brazo partido con la desesperación. He estado a punto de suicidarme. ¿Lo sabías? (*Un silencio.*)
 INÉS.—Juan, ¿tan terrible ha sido?
 JUAN.—Sí. (*Se pasa una mano por los ojos.*) Me extraña ver que va a empezar otro año y que yo estoy aquí todavía. Pero aquí estoy.
 INÉS.—Sí, Juan. Y aquí estamos contigo nosotros, los amigos.
 JUAN.—No es fácil acabar con un hombre. Me he dado cuenta.
 INÉS.—No era fácil terminar contigo, Juan.
 JUAN.—Pedro está muy pensativo.
 INÉS.—Sí.
 JUAN.—¿Qué piensas?
 PEDRO.—¿De verdad no me has llamado tú?
 JUAN.—No he sido yo. De verdad.
 INÉS.—¿Quién habrá sido? (*JUAN se encoge de hombros.*) Parece como un misterio de comedia de magia... Suena el viento fuera y los personajes sienten un escalofrío... Una puerta se abre sin que nadie se dé cuenta...

JUAN.—Sí... A lo lejos, un gato aúlla tristemente.
 INÉS.—Y la mujer enferma de la habitación de al lado se incorpora... Y al ciego le parece que ha pasado alguien... (*Suena el timbre.*) ¿Quién será?
 JUAN.—Voy a ver. (*Se levanta. Va abrir la puerta. Entra ALFONSO, sonriente y con dos botellas de champaña.*)
 JUAN.—¡Alfonso!
 ALFONSO.—¡Buenas noches! ¡Buenas noches, Inés, Pedro...! Me alegro de veros. Perdonadme si me he retrasado un poco; pero todavía no son las doce.
 JUAN.—Retrasarte... No... Bueno, quitate el abrigo. Trae. (*Se lo toma.*)
 ALFONSO.—Gracias. Me he alegrado mucho.
 JUAN.—¿De..., de qué?
 ALFONSO.—¿De qué? De tu invitación. Has sido muy amable. Estaba solo y aburrido.
 JUAN.—Un momento. Yo no te he llamado.
 ALFONSO.—Ya lo sé. Me refiero a la tarjeta.
 JUAN.—¿A qué tarjeta?
 ALFONSO.—¿Cómo? A la tuya. A la invitación.
 JUAN.—¿Una tarjeta?
 ALFONSO.—La que me has mandado con el botones del club.
 JUAN.—¿La tienes ahí?
 ALFONSO.—Espera, creo... (*La busca.*) Pues no. Me la he dejado en casa. Pero ¿qué sucede? ¿A qué estáis jugando?
 JUAN.—Es que yo no te he invitado a venir, Alfonso.
 ALFONSO.—(*Se ríe.*) Está bien. Si quieres, me voy.
 JUAN.—No tengo ganas de explicarte. Me da vueltas la cabeza. Es..., es difícil... (*ALFONSO se encoge de hombros.*)
 ALFONSO.—Tú te has alegrado de que venga, ¿sí o no?
 JUAN.—Claro.
 ALFONSO.—Pues eso es lo importante. Señores, copas de champaña. Van a ser las doce.

JUAN.—(Trae copas.) Aquí están. (ALFONSO abre una botella. Sirve champaña. Alza su copa.)

ALFONSO.—¡Os deseo un feliz año nuevo! ¡Os lo deseo de todo corazón! (Brindan. Beben. Empiezan a sonar las doce campanadas en el viejo reloj. Las escuchan en silencio. Cuando dejan de sonar nadie dice nada, como si se hubiera apoderado de todos una desagradable impresión.)

JUAN.—Alfonso, tienes que saber una cosa.

ALFONSO.—Dime.

JUAN.—Alguien se ha divertido reuniéndonos aquí esta noche. No sé quién.

ALFONSO.—¿Cómo? ¿Vosotros también...?

INÉS.—Sí.

ALFONSO.—¿Y de verdad no has sido tú?

JUAN.—No. Yo me iba a acostar.

ALFONSO.—Es curioso. ¿Quién podrá ser?

JUAN.—Cualquiera sabe. (Un silencio.)

ALFONSO.—Estoy pensando.

JUAN.—¿Qué?

ALFONSO.—En la tarjeta.

JUAN.—¿Y qué?

ALFONSO.—La letra es tuya.

JUAN.—Será una buena imitación.

ALFONSO.—Yo hubiera jurado...

JUAN.—Y será una tarjeta cualquiera, sin mi nombre.

ALFONSO.—Es una tarjeta con tu nombre impreso.

JUAN.—(Le enseña una de la cartera.) ¿Cómo esta?

ALFONSO.—Conozco de sobra tus tarjetas. Sí.

JUAN.—¿Qué texto lleva?

ALFONSO.—Algo así como...: "Venite esta noche por casa. Vendrán Inés y Pedro. Un abrazo de tu amigo..."

JUAN.—Exactamente lo que yo hubiera escrito.

ALFONSO.—En fin, no tiene importancia. Ya se descubrirá.

INÉS.—Tiene que ser alguien que nos conoce mucho.

JUAN.—Y a quien quizá nosotros no conocemos. El que sea está jugando con nosotros desde la sombra..., como pudiera hacerlo un dios.

ALFONSO.—(Sonríe.) Como un ser desconocido y extraño. JUAN.—No te rías.

ALFONSO.—Pero, Juan..., te has puesto muy serio. (Un silencio. JUAN mira a su alrededor.)

JUAN.—Es que estamos todos.

ALFONSO.—¿Cómo todos?

JUAN.—Todos, menos Laura. El mismo día. En la misma situación. ¿Por qué?

ALFONSO.—No, no. El mismo día, no. Un año después.

JUAN.—Será ridículo, pero he sentido un escalofrío. Tengo como miedo... no sé a qué.

PEDRO.—(Con miedo.) Inés, vámonos.

INÉS.—No.

PEDRO.—(Nervioso.) Esto es una trampa. No sé de quién ni para qué. Pero aún estamos a tiempo. Vámonos.

ALFONSO.—Cálmate, Pedro. ¿Te vas a ir ahora? ¿Qué miedo tienes? Yo lo encuentro emocionante.

JUAN.—¿De verdad te divierte?

ALFONSO.—(Deja de sonreír.) No, Juan. Es demasiado terrible lo que pasó aquí hace un año para que yo ahora pueda divertirme. Lo que ocurre es que no veo nada malo ni peligroso... y no comprendo que alguien tenga miedo a una situación así.

PEDRO.—Miedo tampoco tengo yo.

ALFONSO.—¿Y a qué ibas a tenerlo?

PEDRO.—Eso es lo malo. A nada.

ALFONSO.—Sí, puede que eso sea lo malo. (Se levanta.) Voy a poner un disco. (Pone un disco en un aparato. Se oye "Le régard du silence", de la obra "Six régarde", de Olivier Messiaen.) Bonito, ¿verdad?

INÉS.—Es una música extraña.

ALFONSO.—No tanto...

JUAN.—¿Queréis otra copa? *(Nadie responde. Solo ALFONSO.)*

ALFONSO.—Yo sí. *(JUAN le sirve y se sienta. ALFONSO bebe su copa pensativo. JUAN saca del bolsillo un encendedor que cuelga de una cuerda anudada y juguetea con él distraídamente. ALFONSO se queda mirando al encendedor como con una cierta sorpresa. JUAN se da cuenta y—parece algo molesto—va a guardárselo. ALFONSO lo detiene.)* No, espera. *(Pero JUAN se lo guarda.)*

JUAN.—¿Qué te pasa?

ALFONSO.—Que no te guardes eso. Déjame lo.

JUAN.—Para qué...; si lo conoces de sobra...

ALFONSO.—¿Yo? ¿Cómo lo sabes?

JUAN.—¿No te acuerdas? Aquel encendedor...

ALFONSO.—¡Sí, claro, ahora me acuerdo!

JUAN.—El que me regalasteis Laura y tú.

ALFONSO.—Sí, yo acompañaba a Laura el día que lo encontró. Fue en un taxi. Aquella noche te lo regalamos. Si mal no recuerdo, fue... el día antes de... Sí, el treinta de diciembre... Al día siguiente ocurrió la desgracia... Así que fue un día como ayer. ¿Verdad?

JUAN.—Sí.

ALFONSO.—Ya decía yo que lo conocía.

JUAN.—¿Cuándo? ¿A qué te referes?

ALFONSO.—Ayer. Ya decía yo...

JUAN.—Pero ayer no pudiste verlo. Estaba guardado.

ALFONSO.—Ayer se lo vi a Inés en la mano... ¿Te acuerdas, Inés? Tu encendedor...

INÉS.—Qué lástima. ¿Sabes que lo perdí? Anoche mismo. Era una pieza única..., una obra de arte.

ALFONSO.—*(Sorprendido.)* ¿Qué lo perdiste?

INÉS.—Sí, en el taxi, cuando iba hacia casa.

ALFONSO.—¿Lo reconocerías?

INÉS.—Claro... Pero ¿qué te ocurre?

ALFONSO.—Se me ha ocurrido una extraña idea.

PEDRO.—¿Una extraña idea?

ALFONSO.—He pensado que el encendedor que tú perdiste ayer y el que Laura y yo nos encontramos hace un año, puede ser el mismo.

INÉS.—Pero eso es una locura.

ALFONSO.—*(A JUAN, que va a sacar el encendedor.)* No, espera. Antes tenemos que estar preparados. Quisiera explicaros por qué se me ha ocurrido pensar una cosa tan extraña. Ayer, Inés, jugueteabas con un encendedor que me parecía familiar. Tú no me lo habías enseñado nunca, ¿verdad?

INÉS.—No. Lo tenía guardado desde que me lo regaló un amigo, el que lo hizo, en mis tiempos de estudiante. Lo llevaba en el bolsillo desde hace... unos quince días. No te lo había enseñado.

ALFONSO.—Y, sin embargo, a mí me parecía que lo había visto antes. Fue como una sensación de extrañeza. Quizá ni llegué a pensar: "¿Dónde lo he visto yo?", pero sí sé que me quedé un momento como parado al verlo. Aquel encendedor negro..., el cordel anudado... No volví a pensar en ello. Ahora, hace un momento, cuando ha empezado a sonar el disco, Juan se ha puesto a juguetear con un encendedor igual que el tuyo... "Con el tuyo", he pensado yo... Era raro que lo tuviera Juan... Entonces me he dado cuenta de cuándo lo había visto por primera vez. Cuando Laura lo encontró, yo iba con ella. Lo vi, lo tuve en mi mano y me había quedado como una huella inconsciente... que ayer es tuvo a punto de hacerse consciente al ver que tú jugueteabas con uno igual.

PEDRO.—No veo nada de extraño en todo esto. En todo caso es una curiosa casualidad. Hay dos encendedores iguales. *(INÉS niega, pensativa, con la cabeza.)* Uno lo tiene Juan ahí. El otro lo tenía Inés hasta ayer. Ahora, Dios sabe quién lo tendrá. El taxista... O algún viajero que lo encontraría... Dios sabe.

ALFONSO.—Sí, algún viajero... ¿A qué hora dejaste el taxi, Inés?

INÉS.—A las nueve y media, en la puerta de casa.

ALFONSO.—Dejadme fantasear antes de que Juan saque su encendedor y todo se haga vulgar y triste. Es una pequeña concesión que os pido, un "razonable obsequio"... Dejádme... ¿No os divertís vosotros? "Algún viajero", dice Pedro... Sí, el taxista siguió su trabajo y cogió un viajero y otro que no se dieron cuenta de nada..., hasta que a eso de las diez, en la plaza de España, subieron al taxi una mujer y un hombre. Laura y yo. Allí está tu encendedor, Inés, el que tú has perdido esta tarde. Laura lo coge, lo observa curiosamente, me lo enseña. Decidimos regalárselo a Juan. Por la noche, Laura se lo da a Juan y ahora Juan nos lo enseña. ¡Tu encendedor, Inés! ¡Ya lo encontraste! Ha vuelto a ti al cabo de un año que para ti ha sido las pocas horas que van de ayer a hoy.

PEDRO.—Todo eso es una estupidez. Laura y tú os lo encontrasteis hace un año, no ayer. A ver tu encendedor, Juan.

JUAN.—Toma. (*Se lo da a Inés. Ella lo coge con temor. Lo mira cuidadosamente.*) ¿Lo reconoces?

INÉS.—(*Grita de pronto.*) ¡No puedo creerlo! ¡Es el mío!

ALFONSO.—(*Palidece.*) ¿Qué dices? (*Para el disco y corre hacia Inés.*)

INÉS.—(*Grita casi histéricamente.*) ¡Es el mío!

ALFONSO.—¡No, Inés! ¡Fíjate bien! ¡Yo estaba haciendo una broma!

INÉS.—¡Te digo que es el mío!

ALFONSO.—¿Cómo lo sabes? ¡A ver! No es posible que sea el tuyo. Fíjate bien.

JUAN.—¿En qué lo notas que es el tuyo?

INÉS.—¡Aquí, en la base; este pequeño círculo! ¿Lo tenía ya cuando Laura te lo regaló... hace un año?

JUAN.—Sí.

INÉS.—¡Este círculo se lo hice yo hace una semana con una navajita!

JUAN.—¡No es posible!

INÉS.—¡Te digo que es verdad! ¡Te digo que es verdad!

ALFONSO.—Piénsalo bien, Inés. ¿No será que estás nerviosa y te parece...? He sido un estúpido haciendo una broma así.

INÉS.—Esto no es una broma, Alfonso. (*Asustada, trémula.*) Aquí ocurre algo.

ALFONSO.—(*Coge el encendedor.*) Entonces..., nosotros encontramos hace tiempo una cosa que todavía no se había perdido. Veamos... Hay que tener tranquilidad... No debemos ponernos nerviosos... (*Se sienta.*) ¿Por qué no os sentáis? Como si no ocurriera nada. Es mejor.

PEDRO.—(*A Inés.*) ¿Estás segura?

INÉS.—Sí. (*Un silencio.*)

ALFONSO.—(*Observa el encendedor.*) Es curiosa esta cuerda anudada... ¿Para qué sirve?

INÉS.—El amigo que lo hizo había traído esa cuerda de la India. Esa cuerda es un amuleto..., me parece.

ALFONSO.—¿Es todo lo que sabes?

INÉS.—Nada más. Nunca le di importancia.

JUAN.—Yo sé algo más. Es un objeto muy querido para mí... El último regalo de Laura..., y quise saber qué significaba esa cuerda..., si es que significaba algo.

ALFONSO.—¿Y qué?

JUAN.—Tiene razón Inés. Esa cuerda es un amuleto. Es decir..., el nudo.

ALFONSO.—¿Por qué el nudo?

JUAN.—Los nudos tienen una significación mágica muy antigua... En la India se empleaban "lazos" mágicos y nudos en las luchas no solo contra los hombres... También contra los demonios, los embrujamientos y las enfermedades... Las cuerdas anudadas se han empleado durante siglos y siglos con ese fin... Los nudos son un arma mágica... Aún hoy

los lleva mucha gente como amuletos y se emplean en los trances difíciles.

ALFONSO.—No lo sabía.

JUAN.—Es el arma mágica de algunos dioses. El dios Varuna está representado con una cuerda en la mano.

PEDRO.—Sí que es curioso. (*Un silencio.* ALFONSO *muestra el encendedor.*)

ALFONSO.—En fin, ¿a quién se lo doy?

INÉS.—Es el mío... Pero no sé...

JUAN.—A mí. (*ALFONSO se lo da.*) No puedo aceptar que sea el encendedor que tú perdiste ayer. Si quieres, te lo doy, te lo regalo... "Devolvértelo" significaría entrar en un círculo delirante, aceptar como cosa natural que tú lo perdiste después de que Laura y Alfonso lo encontraran. Sería tanto como caer en el vacío. No creo en demasiadas cosas...; pero hay unas pocas que ni siquiera son problema, que son como supuestos de todo lo que podemos pensar o creer... En fin, las cosas se pierden primero y alguien las encuentra después. Nadie puede encontrar una cosa que va a perderse... Hay dos encendedores, Inés, aunque a ti te parezca que este es el tuyo. El tuyo estará en el bolsillo de alguien que a estas horas andará por ahí.

INÉS.—¡Está en tu bolsillo!

JUAN.—Por favor, Inés. Sé razonable.

INÉS.—¿Te crees que estoy loca?

JUAN.—Por Dios, Inés, no he dicho...

INÉS.—Entonces, ¿qué? ¿Que miento?

JUAN.—No. Ya sé que eres incapaz, pero...

INÉS.—¿Entonces?

JUAN.—(*Angustiado.*) ¡No sé! (*Se oye un grito de ALFONSO.*)

ALFONSO.—¡Escuchadme!

PEDRO.—¿Qué te pasa?

ALFONSO.—(*Con los ojos desmesuradamente abiertos.*) Estoy aterrizado.

INÉS.—¡Alfonso!

ALFONSO.—No me puedo mover.

JUAN.—¡Alfonso! ¡Alfonso!

ALFONSO.—Tengo miedo.

PEDRO.—¿De qué? ¿De qué?

INÉS.—¿Adónde miras? ¿Adónde estás mirando?

ALFONSO.—(*Apenas puede decir.*) ¡A la ventana!

PEDRO.—¿Qué ves? ¿Hay algo... detrás de la ventana?

ALFONSO.—¡Sí! ¡Sí! ¡Abrid la puerta! ¡Que salga alguien!

¡Atrapadlo! ¡Ha debido escaparse de la cárcel o del manicomio! ¡Estaba ahí! (*Nadie se mueve. Miran hacia la ventana con miedo.*)

JUAN.—(*Casi medrosamente.*) ¿A quién te refieres?

ALFONSO.—He visto al hombre. Su único ojo me ha mirado otra vez.

JUAN.—¡El loco! ¡El asesino de Laura!

ALFONSO.—Como hace un año. No os lo he dicho nunca...; no sé por qué. Quizá porque no estaba muy seguro. Pero ahora sí. ¡Me enseñó una cuerda con un nudo, como amenazando con ahorcarme! A través de la ventana lo vi... antes de que ocurriera.

PEDRO.—¿El año pasado? ¿Tú habías visto a ese hombre... antes de que la matara?

ALFONSO.—¡Sí, el año pasado o... hace un momento, no sé! ¡No tiene sentido decir "el año pasado" si el hombre está todavía ahí! ¡No puedo decir "el año pasado", si ahora abro la puerta y el hombre no ha salido todavía del jardín! ¿O es que ha pasado un año para nosotros y para él unos minutos? (*JUAN abre la puerta. Sale. Un silencio terrible. Vuelve JUAN. Le interroga con la mirada.*)

JUAN.—No hay nadie.

ALFONSO.—¡Se ha ido! Entonces las huellas...; unas huellas de la ventana a la puerta del jardín, ¿están?

JUAN.—(*Trémulo.*) Sí. (*INÉS se echa a llorar.*) Vamos, tranquilízate. Cálmate tú, Alfonso. Yo también estoy muy nervioso.

vioso, pero me doy cuenta de que debemos charlar para que el miedo no se apodere de nosotros... Eso que has dicho, Alfonso, me ha recordado una historia que leí no sé dónde... Era un monje que le preguntaba al dios Visnú su secreto... El dios Visnú se lo llevó a pasear con él. Iban por un desierto bajo el sol. Tuvieron sed, y Visnú le dijo al monje que fuera a buscar agua. El monje se fue y encontró, después de mucho andar, una casa. Llamó a la puerta y le abrió una muchacha, de la que se sintió enamorado. Olvidó que iba a buscar agua para el dios. La muchacha le presentó a su padre y el monje se quedó con ellos. Se casó con la muchacha y tuvieron tres hijos. Al cabo del tiempo murió el padre, y él se hizo cargo de la casa y de las tierras. Un día hubo una enorme tormenta y se inundó todo. El hombre trató de salvar a la mujer y a los hijos, pero se ahogaron. El perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí el agua se había retirado. Vio al dios Visnú y se acercó a él. El desierto quemaba bajo el sol, y el dios le dijo: "Hijo mío, ¿encontraste el agua? Hace más de media hora que te espero."

ALFONSO.—Juan, tengo una angustia que casi no puedo respirar.

JUAN.—Yo también. Hablo para distraerme. ¿Dices que te ha enseñado una cuerda?

ALFONSO.—Sí, una cuerda que... (JUAN *saca el mechero y se lo muestra*.) ¡Una cuerda anudada! ¿Crees que tendrá alguna relación?

JUAN.—Esta noche no sé qué pensar de nada, y todo me parece posible. Es la primera vez que me ocurre una cosa así. Siempre me he sentido seguro respecto a determinadas cosas, como si pisara tierra firme. Esta noche...

PEDRO.—Esta noche hay que tener cuidado, controlar los nervios. No pasará nada, y mañana nos parecerá todo un mal sueño; ya veréis.

JUAN.—Alfonso, ahora que lo pienso, no me extraña lo que te ha ocurrido. A Luisa le pasó al principio de la noche

algo semejante. Y a mí, en el jardín, al entrar. Extrañas sensaciones..., como si estuviéramos viviendo de nuevo aquella noche.

ALFONSO.—O quién sabe si aquella noche no fue más que un sueño que ahora, al vivirlo de verdad, recordamos. Y así tenemos la sensación de haber vivido ya las cosas.

Un sueño colectivo que hemos tenido alguna vez.

JUAN.—¿Quieres decir que hemos soñado que mataron a Laura?

ALFONSO.—Así es.

JUAN.—Llevo un año viviendo, sufriendo su muerte.

ALFONSO.—¿Qué año?

JUAN.—Un año, día a día.

ALFONSO.—Así te parece, por lo menos.

JUAN.—Quieres decir que este año último es una mentira.

ALFONSO.—Me pongo a pensar en él, en lo que me ha ocurrido durante el año, y no lo encuentro muy real... No podría jurar que lo he vivido... Sí, puede que lo haya soñado todo.

INÉS.—(De pronto.) Alfonso.

ALFONSO.—Inés...

INÉS.—(Como, *hipnotizada*.) Ayer perdí mi encendedor en un taxi. ¿Es cierto que lo habéis encontrado?

ALFONSO.—(Igual.) Sí; fíjate qué casualidad. Me fui a buscar a Laura y tomamos tu mismo taxi un poco después. Laura lo encontró en el suelo del coche y me lo enseñó, pero no me di cuenta de que era el tuyo. Se lo regalamos a Juan. El te lo devolverá.

JUAN.—(Igual.) Claro. Y, verdaderamente, lo siento. Es muy bonito. Tengo que estudiar qué significa esa cuerda..., si es que significa algo. ¿Tú lo sabes?

INÉS.—Me lo regaló un amigo, el que lo hizo, en mis tiempos de estudiante.

JUAN.—¿Para qué sirve... o qué significa esa cuerda?

INÉS.—Es como un amuleto.

JUAN.—Es curioso. En fin, aquí tienes. (*Se lo da. De pronto grita:*) ¿Es? Pero ¿qué estamos haciendo? ¿Qué decimos? ¿Estamos volviéndonos locos?

ALFONSO.—(*Parece despertar.*) Sí, perdona... No sé qué me ha pasado... Inés... ¡Inés!

INÉS.—(*Ríe.*) ¡Las cosas no han ocurrido como creíamos, eso es todo! ¡Las cosas nunca ocurren como creemos! (*Ríe.*)

ALFONSO.—Tienes razón, Inés. Vamos a tratar de separar la realidad del sueño. Cuando hemos entrado esta noche aquí, todos teníamos una idea de los acontecimientos, del tiempo pasado, que ahora se ha desvanecido. Había mucho sueño, mucha mentira en lo que nosotros creíamos la realidad. Creíamos que todo era normal y estábamos viviendo en la confusión y en la mentira, en el sueño... Aquí nos hemos dado cuenta. Las cosas han empezado a ordenarse realmente. ¿Qué cosas han sucedido de verdad y qué cosas hemos soñado...; aunque quizá lleguemos a vivir algún día...; acaso esta misma noche? Veamos. Ese encendedor nos ha llamado la atención sobre nuestro engaño.

JUAN.—(*Exaltado.*) Es posible que el velo de la "Maya" haya sido roto...; el velo de la ilusión, de la apariencia, de la magia...; que el amuleto está cumpliendo su misión salvadora...

PEDRO.—Sigue, Alfonso. Tú te has dado cuenta. Explícanos. Yo no sé nada. Me encuentro solo y triste. Siento que espero que alguien aparezca, pero todavía no sé a quién espero esta noche.

ALFONSO.—Hemos naufragado. Nuestro mundo de todos los días no era tan seguro. El amuleto ha provocado el naufragio, pero ahora él mismo nos salvará. Siguiendo su camino, seguiremos la trayectoria real del tiempo. El amuleto se pierde... El amuleto se encuentra... El treinta de diciembre... Son los datos que aparecen como reales... Lo demás, sueños que acaso se cumplan... Inés, ayer perdiste el amuleto

to. Laura y yo nos lo encontramos poco después. Esta es la realidad. ¿Qué más? (*A JUAN.*) Laura te lo regaló anoche. En la noche del treinta al treinta y uno no ha ocurrido nada... Hemos dormido... Esta mañana nos hemos levantado... Hemos hecho cosas triviales... Esta noche nos has citado aquí, Juan.

JUAN.—No..., os cité "aquella" noche.

ALFONSO.—¿"Aquella", "esta"? ¿Qué quieres decir? Nos has citado al otro día del regalo del amuleto, o sea hoy... No vivas aún en la ilusión y en la mentira. Tú mismo lo has dicho. Se ha roto el velo de la "Maya". Esta es la verdadera ordenación del tiempo. Esta es la realidad.

PEDRO.—¿Quieres decir... que aún no ha ocurrido nada? ALFONSO.—¿De qué?

PEDRO.—Que Laura no ha muerto.

ALFONSO.—Yo no sé nada de que haya muerto Laura. ¡Ah!, sí, ahora recuerdo... Tuve un sueño horrible... Pero, por fortuna...

PEDRO.—¿Quieres decir que todo ha sido una pesadilla? JUAN.—Alfonso: si ha sido un sueño, todos hemos tenido el mismo.

ALFONSO.—Sí.

PEDRO.—El mismo horrible sueño.

INÉS.—Es curioso. A veces ocurre, ¿verdad? Estos sueños colectivos. No será de mal augurio. Me refiero al sueño de la muerte de Laura.

JUAN.—No sé si ha sido un sueño o no la muerte de Laura; si ha sido un sueño o no el año de desesperación que yo he vivido después...; mi espantosa desolación, mi tristeza de muerte, mis ideas de suicidio... Pero si ha sido un sueño, se está cumpliendo con ligeras variaciones... Por eso Luisa ha sentido extrañeza en la cocina, y yo al entrar al jardín, y Alfonso al ver esa cara detrás de los cristales... Porque estamos viviendo instantes que en otro momento hemos vivido o hemos creído vivir... (*Pensativo, queda apoyado en la*